

## ¿TE ACUERDAS DE MÍ?

Mi madre quiere hacer un pastel de chocolate por mi cumpleaños, así que me ha enviado a comprar levadura a la tienda que hay al lado de casa. Cuando salgo y comienzo a caminar, veo una sombra extraña en uno de los callejones de al lado que, según parece, no deja de mirarme. Supongo que será mi imaginación; llevo varias noches sin dormir bien. Entro en la tienda y una de las tres bombillas que iluminan el local parpadea. Las paredes están despintadas y el tictac del reloj roto que hay en el mostrador resalta en el silencio. La dependienta, una mujer de unos sesenta años con una larga cabellera blanca y una mirada penetrante, me atiende con desagrado. Compro el sobre de levadura y me voy.

Volviendo a casa paso por el callejón de antes. De repente empiezo a tener mucho sueño, la vista se me vuelve borrosa y noto cómo alguien me abraza por detrás, tapándome la boca con un trapo húmedo; tenía un olor extraño. De repente todo se vuelve negro y mi cuerpo no reacciona.

Tiempo después me despierto. No puedo moverme. Me están cayendo gotas en la cara; hay goteras. Abro los ojos y me encuentro en una habitación a oscuras, iluminada únicamente por una luz muy tenue.

Bajo la vista y me veo atada a una silla con un par de cuerdas. Tengo miedo a la oscuridad, así que me pongo a cantar “Don’t stop me now”, de Queen, como mis padres me dijeron de pequeña que hiciese cuando tuviese miedo. Pero de repente oigo unos pasos acercándose a mí, giro la cabeza intentando ver de dónde provienen y encuentro a un hombre de metro ochenta aproximadamente, acercándose a mí. Cuando la luz llega a iluminarle lo veo con claridad: un señor de unos treinta años, pelo castaño y unos ojos intensos de un azul lapislázuli; tiene una cicatriz en la mejilla izquierda.

Comienza a acariciarme la cara con suavidad. Le muerdo intentado escapar, pero lo esquivo a tiempo y me da una bofetada. Coge unas tijeras, muy parecidas a las que hay en la cocina de mi casa; me levanta la mano derecha de forma brusca, me observa la mano con decisión y me corta el dedo meñique. Comienzo a gritar y a llorar, deseando que todo fuera un mal sueño. Él, entre risas malvadas, me pregunta cómo me gustaría morir, a lo que le respondo con un insulto. En ese momento su sonrisa de maníaco se transforma en una expresión de rabia e intenta bajarme los pantalones, pero actúo rápido y consigo librarme de las cuerdas, cojo las tijeras y se las clavo en un costado del cuello. Comienza a salir sangre de su boca y segundos después cae rendido al suelo, quieto, inmóvil, muerto. Salgo corriendo y busco ayuda, pero ya no recuerdo nada más...

—¿Estás segura de que había un hombre?

—¡Por supuesto!

—Cuando la policía llegó solo te vio a ti gritándole a la nada...

—Doctora Wembley, le aseguro que había alguien allí.

—Bueno, seguiremos investigando, pero por ahora seguirás aquí hospitalizada hasta que sepamos la razón de tus brotes psicóticos. Por suerte, ha venido un doctor especializado en casos como el tuyo para ayudarte. Te presento al doctor Evans Vaughan. Comportate correctamente con él.

En ese momento, un hombre de metro ochenta, moreno, ojos azules, cicatriz en la mejilla y herida en el costado del cuello entró por la puerta.

—Hola bonita, ¿te acuerdas de mí?